

Perfil del postmodernismo ¹

Antonio Izquierdo

El hombre se complace en crear. Es inconformista, pero más que nada le abrasa el fuego pragmático y le contagia su poder. Aunque Prometeo habita en todo el hombre, la chispa de la creatividad se guarda en el estuche de su mente. Las obras de arte, las joyas de la literatura, la belleza musical, los productos de la técnica, los virajes de la historia, son hijos de la mente y de la imaginación del hombre.

Desde el siglo XVIII el hombre ha definido la historia como modernidad. En los años setenta del siglo XX, sin embargo, se comenzó a hablar de postmodernidad. No son términos vacíos -o no deberían serlo-, sino que acuñan un estilo y talante de vida. Bosquejar tal manera de ser es mi propósito en este trabajo. Antes de ello, vaya una reflexión sobre el término mismo de postmodernidad² y su origen.

1. Un término controvertido

Leszek Kolakowski se viste de escéptico cuando escribe: «No tenemos una clara idea de qué es modernidad, y rehuyamos afrontar el tema hablando de postmodernidad... Yo no sé qué es postmoderno y en qué difiere de lo premoderno, ni siento que debería saberlo. ¿Y qué vendría después de lo post-

1. Una mente filosófica requeriría distinguir entre postmodernismo y postmodernidad. En esta breve nota nos ahorramos tal disquisición. Ambos términos son considerados como expresivos del mismo contenido noético.

2. Entre los forjadores del lenguaje no hay acuerdo en la terminología. Además de «postmodernismo» se recurre a expresiones como «era del vacío» (Lipovetski), «conservadurismo joven» (Habermas), «pensamiento débil» (Vattimo), «sociedad postindustrial» (Gordon), «postmaterialismo» (Inglehart), etc.

moderno? ¿Lo post-postmoderno, lo neo-postmoderno, lo neo-antimoderno?»³. Con cierto *humour* el filósofo polaco recrea el juego de sus pensamientos y plantea el problema de la terminología. ¿Se ha de entender el término en sentido cronológico: un antes (modernidad) y un después (postmodernidad)? Esta entelequia del postmodernismo no se casa con la cronología. Sencillamente porque la modernidad está tan viva y madura como antes y la postmodernidad no deja de ser una gestación de pocos años. Convendría quizá hablar de conflicto de generaciones culturales que coexisten y conviven⁴. ¿Se ha de considerar entonces el término «postmoderno» como opuesto a «moderno»? Así Julio Colomer lo propugna claramente:

1. Frente a la razón totalizante, el pensamiento débil.
2. Frente a los «metarrelatos», los relatos.
3. Frente a los compromisos definitivos, los «consensos blandos».
4. Frente a los valores absolutos, el «politeísmo» de valores.
5. Frente a la Historia unitaria, las historias parciales.
6. Frente a un mejor futuro colectivo, el esteticismo presentista.
7. Frente a la universalidad, el fragmento.
8. Frente a Prometeo, Dionisos y Narciso.
9. Frente a la militancia, el microgrupo.
10. Frente a lo productivo, lo comunicativo.
11. Frente a la uniformidad, la diferencia⁵.

Con todo, sería más pertinente hablar de coexistencia pacífica que de contraposición. Y esto no sólo entre autores de diverso «pelaje» cultural, sino en los mismos pensadores que se autoconsideran postmodernos. En vez de recurrir al «frente a...», como Colomer, sería más correcto hablar de «junto a...; al lado de...». Al menos por ahora, en que lo postmoderno es más propensión y tendencia que efectiva realidad totalizante. Ganaríamos tal vez en precisión si empleáramos el término

3. L. KOLAKOWSKY, *Modernity on endless trial*, The university of Chicago Press, Chicago 1990, p. 6.

4. El postmodernismo vige en una cultura occidental o bajo su influjo. Entre muchos millones de habitantes del planeta tierra, ni hablar se puede todavía de modernidad. Quizá de premodernidad. Como resultado, cohabitan en nuestro mundo la premodernidad, la modernidad y la postmodernidad. El pluralismo técnico y cultural se hace patente. Son varias las *Weltanschauungen* de la sociedad actual al borde del siglo XXI.

5. J. COLOMER, *Postmodernidad, fe cristiana y vida religiosa*, Sal Terrae, 5 (1991), 412-420.

«transmoderno», como hace Juan José Garrido⁶. Pero se sabe que para las modas, aunque sean del pensamiento, la precisión cuenta poco...

¿Por qué sería preferible «transmoderno»? El prefijo «trans» significa dos cosas: cambio y derivadamente superación. Por ejemplo, transformar quiere decir cambiar la forma de algo, dándole una nueva, y «transalpino», más allá, del otro lado de los Alpes. Pues bien, la corriente postmodernista aboga por un cambio cultural y social frente a la cultura y a la sociedad modernas. Pero no se contenta con el cambio, busca ir más allá sin discontinuidad con el pasado del que, quiera o no, se nutre, sino apoyándose en él y creando algo distinto⁷ y original, un «ave Fénix» nacida de las cenizas y ascuas del tiempo pretérito.

2. Búsqueda de los orígenes

No sabemos si el primero en utilizar el prefijo «post» fue un hombre de Neanderthal, un filósofo de la época helenística o un buen cristiano, súbdito de Constantino. Seguramente este prefijo es tan viejo casi como el ser pensante. En las salas de la academia platónica no habrá faltado algún esnobista que llevara a disquisición filosófica el valor y uso del «post». Debió ser apasionante la discusión, por ejemplo, sobre el «postsofista». ¡Qué pena que Platón no nos haya conservado tal discusión en uno de sus famosos diálogos! ¿Y quién no se deleitaría ahora leyendo las posibles elucubraciones de los sutiles pensadores medievales sobre el género y la naturaleza del «post»? ¡Una delicia sin igual para Umberto Eco y su inventiva exuberante!

Sea como fuere, cierto es que el primero en escribir la palabra «postmodernidad» ha sido el historiador Arnold

6. «La modernidad parece que ha acabado. Es necesario ir más allá de sus ideales y ambiciones. Por ello, no es suficiente una actitud negativa; se precisa articular una verdadera superación que sepa también recoger sus logros. A esta manera de enfrentarse a nuestra crisis espiritual es a lo que yo llamo transmodernidad» (JUAN JOSÉ GARRIDO, *Pensamiento transmoderno y experiencia estética*, en: *Anales valentinos* 28 (1988) 329-341.

7. Armando Roa subraya la importancia de esta puntualización: «La postmodernidad se caracteriza no por ser algo nuevo, en cuyo caso sería otra vez modernidad, sino algo completamente distinto, palabra esta última en la que se pone el acento» (*El Mercurio*, 16 de enero de 1994, p. 10).

Toynbee en «Estudio de la historia», publicado entre 1934 y 1954. En historiografía el término vendría a significar «la respuesta creativa y responsable de los retos que la sociedad encuentra en la historia contemporánea», mientras que modernidad se identificaría con la carencia de vibración ante tales retos en virtud de la tesis determinista de «leyes naturales» en el desarrollo histórico⁸. Por esas mismas fechas Federico de Onís, en su obra «Antología de la poesía española e hispanoamericana» (Madrid, 1935) recurrió al término «postmodernismo», haciendo referencia a nuevos movimientos artísticos, surgidos como superación de los «modernistas»⁹.

En sentido amplio, como corriente de pensamiento y de sensibilidad presente en la sociedad, emergió en los últimos años de la década de los sesenta. Al origen de este movimiento cultural suelen situarse autores como Sigmund Freud, Friedrich Nietzsche, Ortega y Gasset, Bergson y S. Mallarmé; y corrientes culturales y artísticas como el romanticismo, el surrealismo, el dadaísmo, etc.

Los acontecimientos que contribuyeron definitivamente a dar carta de ciudadanía al postmodernismo en la sociedad pueden reducirse a los siguientes¹⁰:

1. La Segunda Guerra mundial: ante la brutalidad de la guerra, ante el terror de una guerra nuclear, se ha suscitado una mayor exigencia de paz. Estamos ante el reto de la supervivencia.
2. La descolonización a partir sobre todo de 1950, que aporta a los organismos internacionales voces nuevas y diversas, e incrementa la tendencia hacia los nacionalismos. Estamos ante el reto de la pluralidad de las culturas.
3. La conciencia de los efectos negativos de la industrialización, que se acentúa en la década de los ochenta. Aquí estamos ante el reto de la ecología.

8. ARNOLD J. TOYNBEE, *Estudio de la Historia*, Alianza, Madrid 1975, t. I, p. 355; t. II, 281; t. III, 183-242, 272.

9. La consagración del término en poesía se debe a «Le Preface» (1946) de Charles Olson. El poema es una reflexión sobre el mundo después del holocausto. En él, Olson invita a iniciar una nueva fase de la historia tomando a los supervivientes de los campos de concentración como los iniciadores de un mundo futuro.

10. Cfr. JESÚS BALLESTEROS, *Postmodernidad. Decadencia o resistencia*, Tecnos 1990, 103-104.

4. El neofeminismo, como se dibuja en la declaración de la ONU sobre la mujer en los años sesenta, que trata de reivindicar la importancia de los valores femeninos. Aquí está en juego la valoración de la aportación específicamente femenina a la sociedad y a la historia.

5. La revuelta estudiantil en mayo de 1968 y el progresivo trauma sufrido por los intelectuales y políticos ante el desmoronamiento de la ideología marxista y de la teoría de los bloques. Nos encontramos ante el reto de una nueva Europa y un nuevo orden mundial.

Estos cinco ingredientes, junto con los autores y movimientos culturales arriba citados, constituyen el principal caldo de cultivo del nuevo talante histórico, y quizá también la matriz de una nueva época que se está gestando desde hace tiempo en el seno de la historia.

3. Un bosquejo de la postmodernidad

Se trata de un bosquejo, de una silueta elemental, con la única intención de dar forma y figura a un movimiento postmoderno que no acaba de definirse. He aquí los rasgos caracterizantes del bosquejo: la voluntad de placer, el reinado de Dionisos, la exaltación del presente, el culto a lo diferencial, la droga de los «media» y el holocausto de la objetividad.

3.1. La voluntad de placer

Enrique Rojas habla del hombre *light* marcado por la tetralogía nihilista: hedonismo-consumismo-permisividad-relativismo¹¹. En el hombre postmoderno y *light* prima la voluntad de placer sobre la voluntad de poder. Más aún, si se busca el poder, sea político, económico, social, etc., no es tanto para servir a los demás, cuanto para tener acceso a la torre esquinada de los placeres refinados e insólitos¹². Por hedonista, el

11. E. ROJAS, *El hombre «light». Una vida sin valores*, Ed. Temas de hoy, Madrid 1992, p. 11. Todo el libro del autor no es sino una exposición brillante, aunque algo repetitiva, de esta tetralogía.

12. El libro que revela mejor la descomposición producida por el primado incondicionado del placer sobre el principio de la realidad quizá sea el de GILLES DELEUZE, escrito en colaboración con FÉLIX GUATTARI, *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barral, Barcelona, 1973.

hombre postmoderno tiene como código de comportamiento «pasarle bien a costa de lo que sea» y vive para el placer, sin restricciones. Como consumista, se rige por el pragmatismo del «usa y tira» y esto se aplica tanto a las servilletas de papel como a los conceptos y valores. La permisividad le lleva a afirmar que todo está permitido, sin limitación de ningún género; la distinción entre el bien y el mal queda apuñalada sin aparente reacción. «Nada es absoluto» -dirá como relativista- y de ahí nace la apoteosis de la tolerancia y la entronización del consenso. En esta tetralogía el placer polariza los cuatro elementos: el placer conduce a la tolerancia y al consenso, a la primacía del tener sobre el ser, al neopaganismo ético.

El placer no sólo se disfruta, sino que se eleva a principio dominante y regulador de la vida. Parece como si la consigna postmodernista fuera: nada de preocupaciones filosóficas ni políticas, nada de sueños de un mundo mejor, nada de grandes ideales, nada de valores trascendentes, que eso es cosa vieja. Lo que está de moda es el placer, la diversión, el juego, el humor intrascendente, la frivolidad, el dejar transcurrir el tiempo sin mayores preocupaciones, la «movida». En esta concepción de la vida la existencia tiene un fin, no una meta; un fin nihilista, pues la muerte significa la derrota del placer. En este mismo modo de ver la vida, no hay lugar para la dificultad, sino que el hombre se abandona al éxtasis de la facilidad. La dificultad no se supera, más bien se evita o se sucumbe bajo ella con la fuga al paraíso de las drogas o en última instancia con el suicidio. La búsqueda del placer lógicamente se coloca en el presente, donde prevalece el ocio y la fiesta sobre el trabajo, el consumismo sobre la producción. A lo más se podría recordar el placer pasado o pregonar el futuro, pero esto no parece ser muy postmoderno. El placer es el que se goza aquí y ahora, sin más, con su atractivo poder de inmediatez, pero con su efimeridad consubstancial. De este modo ya conectamos con otro elemento del bosquejo: la exaltación del presente.

3.2. La exaltación del presente

El hombre postmoderno ha clavado la puntilla a la historia, pero también al más allá de la historia. Cree ser y vivir como un desarraigado, flotando en el presente sin fundamento y sin lazos de continuidad. Para él sólo existe el horizonte inme-

diato y cerrado, la densidad del momento fugaz; todo lo que acontece es y sólo es presente, superficie lisa, pantalla televisiva, mera anécdota sin marco u horizonte de referencia. No le interesa la historia, para no tener que verse reflejado en ella. Se proclama el fin de la historia, como Fukuyama, es decir, la misma posibilidad de progreso y futuro humanos, en aras de la electrónica y de los ordenadores. La historia no es maestra de la vida, sino cúmulo de atrocidades y «metarrelatos», que hay que ignorar a toda costa. No se posee un cuadro de referencias históricas donde situar los hechos y la finalidad que les dé un sentido; sólo hay hechos y acontecimientos «puntuales» sin un «porqué» ni un «para qué». La cultura le aburre y hastía, pues no es más que un montón de cosas viejas; a lo más puede ser una guinda en el pastel de la frivolidad. La historia enlaza al hombre con el pasado, pero el postmodernista quiere ser autónomo, vivir en permisiva libertad. La historia constituye el marco de su identidad, pero él no necesita de identidad, o más bien él mismo la construye y reconstruye a cada instante. No puede el hombre postmoderno negar la historia, porque sus huellas han llegado al presente; simplemente la ignora. Por ello, puede concluir J. Colomer que el pensamiento postmodernista valora y enfatiza la «deconstrucción» del mundo heredado sobre su afirmación; lo frívolo sobre lo serio; lo efímero, inestable y transitorio sobre lo firme, estable y duradero¹³.

Para la postmodernidad el más allá, la trascendencia, Dios son una cuestión inútil, aunque no niegue su posibilidad¹⁴. Un teórico como Sádaba ha escrito: «Los debates acerca de Dios...no consiguen ocultar el hecho de su irrelevancia cultural. Ser ateo o no serlo...es algo marginal en nuestra sociedad...Se podrá ser creyente por originalidad, desesperación, inercia: quién sabe qué tipo de conveniencia»¹⁵. El futuro vale no en sí, sino en cuanto posibilidad de materializarse en presente¹⁶. Ni siquiera aprecia el presente en sí, sino el instante como entidad corpórea y efímera al mismo tiempo, que en vano se desearía eternizar. El presente más que una unidad se asemeja a numero-

13. J. COLOMER, *op. cit.*, p. 63.

14. Si se sostiene el ateísmo del hombre postmoderno, como lo hace Isaías Díez del Río (artículo cit. p. 66), se ha de entender, creo yo, no en sentido teórico y conceptual, cuanto pragmático. De ahí la despreocupada alegría con que escribe G. Lipovetsky: «Dios ha muerto, las grandes finalidades se apagan, pero a nadie le importa un bledo; ésta es la alegre novedad».

15. J. SÁDABA, *Saber vivir*, Ed. Libertarias, Madrid, 1985, p. 83.

16. En el «imaginario» colectivo de la sociedad italiana este factor ha desempeñado un papel importante, a mi modo de ver, en las últimas elecciones: el polo del progreso (concepción modernista de la historia) se ha visto derrotado por el polo de la libertad (concepción postmodernista).

sas piezas de mosaico en su fragmentaria realidad, y el postmoderno detiene su mirada en cada fragmento, absorto sin más en su belleza fugaz¹⁷. Sin futuro y sin más allá, la religión para él no puede ser sino un supermercado donde cada día puede comprar lo que le plazca y le convenga, con un eclecticismo total. En su menú religioso caben ingredientes de cristianismo, budismo, islamismo, judaísmo, gnosis, nuevas sectas sean orientales sean occidentales, magia, superstición, cultos indígenas africanos o amerindios. ¡Una verdadera religión a la carta! La religión, por otra parte, queda relegada a una mera opinión personal sin incidencia alguna en la vida social o cultural.

Si se idolatra el presente, no es para ser más, sino para tener, gozar más y pasarla mejor. El postmoderno está convencido de que no existe posibilidad de cambiar la sociedad, sino sólo de disfrutarla en cada instante, con una actitud hedonista, pero sin esperanza alguna. Predomina lo fáctico sobre lo óntico, la técnica sobre la metafísica, lo «hedónico» sobre lo ético, lo frívolo y superficial sobre lo profundo y serio, lo orgiástico y dionisiaco sobre lo órfico y apolíneo, la exaltación de la figura del «niño» sobre el ideal del «adulto», para usar términos de Nietzsche en «Así hablaba Zaratustra».

3.3. El reinado de Dionisos

Baco o Dionisos representa en la mitología grecorromana lo instintivo y pasional, lo espontáneo e irracional. En el reino postmodernista Dionisos se sienta sobre un trono elevado, y ante él se postran sus adoradores, presa del delirio y del éxtasis, al modo de las bacantes de la antigüedad. La postmodernidad proclama el eclipse de la razón y el imperio de los sentidos. «Vivimos en la hora de los *feelings*. Ya no existe verdad ni mentira, estereotipo ni invención, belleza ni fealdad, sino una paleta de placeres diferentes e iguales», resume Finkielkraut¹⁸. Estamos en plena crisis de la razón.

17. Jameson ha subrayado este punto. «La fragmentación del tiempo en una serie de presentes perpetuos reproduce la lógica del capitalismo de consumo», en F. JAMESON, *Postmodernidad y sociedad de consumo*, en: Foster, *la Postmodernidad*, Kairós, Barcelona, 1985, pp. 165-186.

18. A. FINKIELKRAUT, *La derrota del pensamiento*, Barcelona, 1987, p. 9.

Ante las grandes catástrofes provocadas por la modernidad (dos guerras mundiales, robotización del hombre, poder desastroso de las ideologías, progresiva destrucción del «hábitat» humano...), se ha perdido fe en la razón ilustrada. Se olvidan o se marginan los grandes resultados de la razón y se cuestiona en forma de dilema la credibilidad de una razón que deshumaniza y compromete la propia supervivencia. En la época moderna Apolo y Prometeo subyugaron a Dionisos; con la postmodernidad Dionisos se ha rebelado y aquéllos han sucumbido y yacen semimuertos en el arcén del presente.

Los sacerdotes de Dionisos proclaman, desde sus santuarios, el fin de la época de los metarrelatos, de las grandes visiones del hombre y del mundo, de la historia y de Dios, propias de la modernidad. Ir en la barca de la actualidad significa verse libre de tales cosmovisiones que supuestamente entrañan un sentido más allá de nosotros mismos, e interesarse por lo cotidiano e inmediatamente útil. El metarrelato, se dice, tiende a unificar la realidad, a encajarla en un sistema y ello empobrece su variedad y riqueza incontrolable. Se rechaza el concepto objetivo y la pretensión de su validez universal, y se favorecen las pequeñas razones y verdades, el relativismo en todos los órdenes. El pensamiento se ha descubierto débil y pequeño. Nos hallamos en plena «contracultura» en que la razón es subyugada bajo el dominio blando y placentero de los *feelings* y se instauran sin control alguno reinos de confusión. De este modo se lleva hasta sus últimas consecuencias el olvido del ser y la pérdida de la metafísica, al negar toda necesidad y validez de un fundamento último, sea inmanente o trascendente, que explique o legitime la multiplicidad de lo real¹⁹.

En este modo de pensar, la verdad, que expresa lo real y es válida para todos, no es un valor, sino una amenaza. Amenaza la voluntad de placer, amenaza el imperialismo del presente, amenaza el trono de la sinrazón y del instinto. Ante amenaza tan grave, el postmoderno se defiende con la «pedagogía del relativismo» (Finkielkraut) y emplea toda su astucia para tergiversar los nombres: a la prisión la llama libertad, al sexo practicado sin compromiso lo califica de amor, y al bienestar lo equipara con la felicidad²⁰. Se parapeta también en

19. Cfr. ISAÍAS DÍEZ DEL RÍO, cit. p. 57-58.

20. E. ROJAS, *op. cit.* p. 29.

el nihilismo, o sea, en la imposibilidad de encontrar un sentido último y abarcador de la vida y del mundo. De aquí brota el sentido trágico de la existencia humana en algunos teóricos postmodernistas, porque la existencia no tiene salvación (v.gr. E. Trías, F. Savater, E. Guisán), pero también un «vacío jovial», que invita a buscar y gozar más plenamente de los pequeños, efímeros y fugaces valores particulares. «El luto por el eclipse de los valores debería ser substituido por un sentimiento gozoso y positivo, liberatorio y constructivo, porque es ahora cuando pueden nacer valores nuevos, no dogmáticos ni totalitarios, sino tenues y relativos, esculpidos en el alma de una sociedad liberada para siempre del cielo protector de la metafísica y de la religión»²¹.

3.4. El holocausto de la objetividad

Junto a Dionisos en el mundo postmoderno reina Narciso, ese joven bisoño e inexperto que se enamora de su propia imagen. El postmoderno es un viajero en marcha permanente en torno a la órbita del propio yo. El narcisismo triunfante se erige en medida de todas las cosas, pero queda indiferente a todas ellas. El individualismo narcisista sobrevalora la esfera privada de los deseos cambiantes, de las satisfacciones inmediatas, del propio bienestar psíquico y corporal. «Narciso, demasiado absorto en sí mismo, renuncia a las militancias religiosas, abandona las grandes ortodoxias, sus adhesiones siguen la moda, sin mayor adhesión...El Yo es ahora un espejo vacío, donde se refleja la imagen idealizada de nada; es una búsqueda interminable de sí mismo»²². Como resultado, tenemos un hombre vulnerable y quebradizo, propenso a desfallecer ante la adversidad, incapaz de amar, pues ello complica demasiado la vida, instalado en un tremendo vacío y soledad, temeroso ante el compromiso definitivo, imposibilitado para la fidelidad.

La exacerbación del narcisismo individualista conduce a un triple holocausto de la objetividad: 1) El holocausto de la realidad en el proceso interminable de la interpretación (dimensión epistemológica). 2) El holocausto de la persona en el fuego

21. Cfr. ISAÍAS DÍEZ DEL RÍO, *op. cit.* 59.

22. G. LIPOVETSKI, *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona, 1986, 56-57.

de un número indefinido de máscaras (dimensión antropológica) y 3) El holocausto de la política en aras de la simulación (dimensión política)²³. La postmodernidad prefiere el multicriterio sobre las normas y el dogma, que son formulaciones objetivas; la subjetividad sobre la objetividad, los impulsos y estimaciones personales sobre los valores objetivos, las opciones sobre las obligaciones, el personalismo sobre la autoridad²⁴.

El narcisismo hiperindividualista promueve la concepción axiológica de la autorrealización, entendida como búsqueda de la felicidad. El individuo se convierte en el molde y en la meta en que se configuran los valores. Su desarrollo personal y su felicidad obtienen prioridad, a menudo a costa de deberes y compromisos familiares y comunitarios. La autorrealización y felicidad del sujeto comportan la minusvaloración de las instituciones, el pluralismo ideológico, la fragmentación de los esquemas mentales, el desmoronamiento de la ética...²⁵. Tal autorrealización, siendo narcisística, prescinde claramente de todo aquello que se le pone ante los ojos como objetivo, insobornable al yo, sólido y estable en su realidad.

3.5. El culto de lo diferencial

El individualismo subjetivista comporta la afirmación de lo diferencial dentro y fuera del sujeto. El sujeto cambia con facilidad, produciendo un caleidoscopio ilusorio de «egos» fragmentados y parciales. El hiperindividualismo impulsa a subrayar los rasgos diferenciales entre hombres, pueblos, etnias y razas; entre culturas, sociedades y religiones. Vivimos la euforia del pluralismo, sea salvaje o moderado. Se ensalza la primacía de la alteridad sobre la unidad, del disenso sobre el consenso, de las minorías, de las sectas, de las teologías. Aranguren llega a pronosticar un catolicismo de sectas (sin connotación²⁶ peyorativa alguna) y su integración en el seno de la Iglesia.

23. Cfr. J. BALLESTEROS, *op. cit.* 86.

24. ISAÍAS DÍEZ DEL RÍO, *op. cit.* p. 62-63.

25. Un ejemplo de tales consecuencias lo ofrece J. Baudrillard en el siguiente párrafo: «Moral pública, responsabilidad colectiva, progreso, racionalización de las relaciones sociales: ¡tonterías! ¿Qué grupo ha pensado alguna vez en eso? Los sociólogos y los ideólogos, sí, y los políticos» (J. BAUDRILLARD, *Las estrategias fatales*, Anagrama, Barcelona, 1985, p. 53).

26. J.L. ARANGUREN, *La crisis del catolicismo*, Madrid, 1969, p. 96.

Lo diferencial encuentra otra palanca de apoyo en el fin de los metarrelatos y en la concepción postmodernista de lo sagrado. Al faltar una *Weltanschauung* común, la unidad se resquebraja y se multiplican las visiones restringidas y parciales, cayendo en localismos y «campanilismos» que parecerían ya superados. La modernidad, por otra parte, desencantó al mundo, y los postmodernos sienten la necesidad de encantarlo de nuevo, rodeándolo de un halo sagrado. Este retorno es a lo sagrado impersonal, plural y plurimorfo. Un concepto «cultural» de lo sagrado, en cuanto expresión simbólica de un «más» que posee toda realidad, es decir, de la «inobjetividad de lo humano, de la transfuncionalidad de lo real», para decirlo con Savater²⁷. No raras veces la vuelta a lo sagrado se tiñe de ataque o silencio doloso al cristianismo. Hace un tiempo, por ejemplo, la televisión española presentó un programa sobre el signo de la cruz en el arte ramirenses asturiano, omitiendo absolutamente toda referencia a su valor cristiano²⁸.

La «homogenización» tendencial de la modernidad, aplicada a todos los ámbitos de la existencia humana (arte, pensamiento, conducta, política, sociedad), causó uniformidad, centralización, bloques, burocracia. La conquista de lo diferencial trata de superar tal «homogenización» y de subrayar lo peculiar y diverso en todos los ámbitos de la vida. No existe la perspectiva única, sino la complementariedad de los opuestos. Así, por ejemplo, se ha acentuado el respeto a las minorías, la valoración del arte negro y primitivo, la estima por las tradiciones culturales y religiosas de los pueblos, el aprecio por la persona sobre el hombre. En arquitectura se hizo famoso un artículo de Martin Heidegger que auspica la recuperación de lo cualitativo y diferencial, para hacer posible que el «construir» garantice adecuadamente el «habitar» y éste, a su vez, haga posible el «pensar»²⁹. Tal recuperación implica la apertura al entorno ecológico y la estética del diminutivo, que permita la creación de ámbitos propicios al desarrollo de la *privacy*.

27. F. SAVATER, *Impertinencias y desafíos*, Legasa Literaria, Madrid, 1981, p. 95.

28. Cfr. JUAN JOSÉ GARRIDO, *op. cit.* p. 12.

29. Cfr. JESÚS BALLESTEROS, *op. cit.* 109-110; 118-127.

3.6. La droga de los «media»³⁰

Los cinco ingredientes del postmodernismo hasta ahora expuestos hallan en los *mass-media* un poderoso instrumento de provocación, apoyo y resonancia. Con la electrónica y la telemática en el poder, la existencia y la cultura del hombre sufren una transformación, cuyas consecuencias futuras hoy por hoy son imprevisibles. Del *homo sapiens* y del *homo faber* se está pasando en nuestros días al *homo mediaticus*.

El «hombre mediático» prefiere al pensar el opinar, al juzgar el estar informado, al reflexionar el percibir y sentir la realidad. El «hombre mediático» tiene la moda como eje del comportamiento, sufre el síndrome de la publicidad, busca estar en la cresta de la ola, privilegia la apariencia sobre la esencia. Establece, queriendo o no, una alta dependencia de los *media*: leer el periódico, ver las noticias, escuchar música mientras se camina, se va de viaje o se trabaja, estar sentado todas las noches una o dos horas ante el televisor, perderse en el cálido y psicodélico anonimato de una discoteca, etc., forma parte del «menú» existencial de cada día. Si este menú algún día falta, el organismo psicofísico lo resiente y sufre un cierto desequilibrio emocional. La televisión, la radio y los periódicos acostumbran al hombre a despertar la curiosidad no tanto por lo verdadero y bueno, cuanto por lo original, lo dramático, lo interesante, y con no poca frecuencia lo excitante y morboso. Al menos tendencialmente, los *media* fomentan la pasividad: ellos escogen lo que se debe opinar, sentir, querer, aceptar o rechazar, alabar o denigrar. Ellos crean «tu» opinión, «tu» gusto, «tus» decisiones, «tus» sentimientos y emociones. La pluralidad de canales y la antena parabólica suscitan en el hombre la psicología del *zapping*, haciéndole creerse señor cuando en realidad es esclavo.

Todo ello manifiesta que la droga de los *media* es muy real en el postmodernismo. En cuanto droga, crea dependencia, como se ha señalado, pero también saca al «hombre mediático», no pocas veces, de la realidad, construyendo un mundo de ensueño, puramente imaginario, de realidad-ficción. En ese mundo quisiera él vivir, y efectivamente vive fragmentos de su vida. Luego viene el choque con la realidad prosaica de los demás fragmentos de existencia. Como resultado se llega

30. Para este elemento del análisis me he inspirado en E. ROJAS, *El hombre «light»*. *Una vida sin valores*, principalmente los capítulos V, VII y IX.

a la división interior, a una esquizofrenia latente o manifiesta, que puede alcanzar incluso un desenlace trágico.

Conclusión

El bosquejo realizado ha cargado tal vez las tintas en los aspectos negativos, pero presentes en la sociedad actual, del postmodernismo. Me he fijado en el así llamado postmodernismo decadente más que en el postmodernismo de resistencia³¹. Dejo para un próximo número de la revista la reflexión sobre los aspectos positivos y la propuesta de lo que se podría denominar «postmodernismo cristiano».

31. Ésta es la terminología usada por J. Ballesteros, en el libro citado en estas páginas, para referirse a los aspectos negativos y positivos de la postmodernidad.